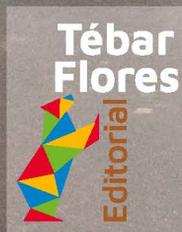


# La España vacilada

David Pérez





# La España vacilada



# La España vacilada

David Pérez



[www.tebarflores.com](http://www.tebarflores.com)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización expresa de Editorial Tébar Flores. La infracción de estos derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

**La España vaciLada**

© 2022 Editorial Tébar Flores, S.L.

© David Pérez

Tel.: 91 550 02 60

[info@tebarflores.com](mailto:info@tebarflores.com)

[www.tebarflores.com](http://www.tebarflores.com)

eISBN: 978-84-7360-868-8

Depósito legal: M-16120-2022

## NOTA PRELIMINAR

Un libro como este no se escribe en 24 horas. Al menos, yo no sé escribirlo así.

Por eso, y teniendo en cuenta que esto de la España vacía y despoblada (que no vaciada) es un tema de actualidad y que la actualidad se modifica rabiosamente y con suma rapidez a nuestro alrededor, el lector informado va a encontrar en el texto de este libro algunos comentarios que quizá le parezcan poco vinculados al tiempo en el que se produce su lectura; comentarios que, sin duda, le señalarán, eso sí, el momento justo del pasado cercano (o no tanto) en el que tal o cual capítulo fue redactado.

Sin embargo, yo creo que el asunto central del libro, que es el problemón de la España despoblada (repito: no vaciada), y los posibles apuntes y reflexiones (de sensata y sopesada intención) sobre algunas de las vías posibles de solución para repoblarla (aunque sea tan solo en una pequeña parte de esos pueblos afectados por la despoblación), no se verá alterado en lo más mínimo; porque el éxodo de las personas desde los pueblos a lugares más propicios es un problema estructural (que no depende solo de circunstancias espaciales o temporales), que está vivo desde hace años, y que no se va a arreglar de la noche a la mañana.

Ni yo soy el primero que escribe sobre esto ni, con toda certeza, seré el último. En todo caso, yo me conformaría con haber aportado algo positivo a todo este gran maremágnum de la vida social y cul-

tural española (también de la vida política, pero menos: muchos inútiles de “la política” utilizan este asunto tan solo como tapadera de sus desmanes), y con haber dado a alguien algunas ideas o algunas reseñas y referencias, que puedan ser aprovechables (incluso como advertencia seria de lo que no deberíamos ninguno hacer) sobre todo ello.

En mi opinión —y creo que lo dejo muy claro— el problema fundamental (el resto de los problemas es derivado del principal) es la despoblación; lo que significa, es evidente, que cada día hay menos gente en algunos pueblos y ciudades (sí, también en ciudades) y que, por lo tanto, el proceso de huida de la gente (ha leído usted bien: huida) es un proceso grave y difícilmente reversible que, si alguien no pone en marcha medidas sabias e inteligentes de inmediato en cada lugar —bienvenidas sean algunas medidas generales: impuestos bajos o nulos, comunicaciones físicas razonables, beneficios por logros, etc.— resultará absolutamente imparable.

En este proceso hacia la despoblación están implicadas muchas instancias sociales, económicas y políticas, que van desde los propios habitantes de los pueblos que han contribuido con su racional fuga sistemática (y lo siguen haciendo en la actualidad, en una actitud muy comprensible) hacia lugares más prósperos, hasta las empresas y otras entidades sociales y comerciales que han ido abandonando poco a poco (también parece lo lógico en muchos ejemplos) sus casas, sus locales y su pasado, para integrarse en otros entornos más seguros y menos inciertos, que les ofrezcan oportunidades reales (y no milongas) de una vida personal y profesional más fructífera y más saludable.

Intentar solucionar el problema de la despoblación con cataplasmas variadas, con una ilusa formación financiera y bancaria para los mayores (como si “los menores” fueran ya expertos en el metaverso y en las criptomonedas), con medidas esotéricas, con plataformas multiusos, y con lacitos de colores, o hacer caso de los miles de flau-

tistas que proliferan a todos los niveles, es vano esfuerzo, primero, y una pérdida de tiempo, después. Y a nada conducen las mil patrañas que se publican cada día.

Necesitamos propuestas serias que contribuyan de inmediato y con signos claros de eficacia real a repoblar con urgencia algunos de los lugares despoblados (por desgracia, no podrán ser todos, pues muchos ya no tienen solución), con personas, comercios e industrias de sectores diversos (y no solo con turismo dominguero o senderista) que, a su vez, atraigan servicios, y que se instalen de manera definitiva, a la espera dinámica de resultados positivos en sus profesiones, en sus vidas y en las de sus familias. Todo lo demás es cháchara sin sentido de esos abundantes “iluminados”, de esa sarta de capullos integrales que hormiguan alrededor de los necesitados, y que tan solo intentan arrimar el ascua de la angustia vecinal a su sardina en su propio beneficio, y vivir del cuento una temporadita más, a costa de esos incautos ciudadanos que todavía esperan el santo advenimiento de la repoblación, creyendo que llegará algún día, como el maná, sin hacer nada razonable a cambio.

Seguramente, mi trabajo en este libro, por todas estas razones, tiene más de actividad de tipo periodístico que de actividad literaria. Pero, como no pretendo brillar ni en lo uno (sería intrusismo) ni en lo otro (sería pedantería), sino solo contribuir con mis reflexiones al acervo común serio (al otro le pueden ir dando) sobre este grave problema, yo me doy por satisfecho con el más mínimo resultado.

Quería comentar esto aquí, antes de nada, a los lectores, como “aviso para navegantes”, y para que no les sorprenda el contenido de este libro.

Como resumen, en él señalo que la culpa de lo que sucede (que es que los pueblos se despueblan) hay que asumirla y compartirla, pues todos somos algo culpables; y, en este sentido, indico algunas pautas que podrían servir para centrar bien un diagnóstico previo que señale la influencia precisa de algunos factores del “sistema” (eso que nos

rodea sin que sepamos muy bien qué es) y de su funcionamiento, y que muestre la manera de actuar en este problema de determinadas organizaciones e instituciones. Sobre todo, para que el lector sepa bien a qué atenerse cuando alguien le ofrezca sus “soluciones maravillosas”.

Nada es fácil (pueden ya ir desterrando esta voz de su personal diccionario) en los intentos de arreglar este tipo de problemas, y cualquier éxito futuro habrá significado antes importantes esfuerzos y grandes trabajos de muchos implicados. Pero, como decía el tal Mao (que andará por el infierno de los chinos haciendo de las suyas): *Una gran marcha empieza siempre con un pequeño paso.*

Como colofón, hacia los capítulos finales, trato de aportar (sin ninguna pretensión más allá de la de echar una mano) algunas sugerencias de solución que son fruto de mi formación y de mi experiencia gestionando (teniendo éxito en unos y fracasando en bastantes, claro, como es lo habitual, y no lo contrario) durante muchos años planteamientos similares, en empresas y en proyectos, tanto propios como ajenos.

Como siempre pasa, algunas de estas sugerencias servirán a alguien, y otras les parecerán a muchos, cosas insustanciales. Será el lector interesado quien deba desbrozar entre unas y otras cuáles son las más convenientes en cada caso y, si hubiera alguna valiosa, actuar (si quiere y si puede, que no siempre es posible) en consecuencia.

Y deberá también cruzar los dedos. Tenga por seguro que lo va a necesitar.

# ÍNDICE

1. A modo de prólogo.....	15
2. La verdadera clave del problema.....	31
3. ¿Qué es ser sectario? .....	41
4. Cómo funciona “el sistema” .....	47
5. La manipulación del lenguaje .....	99
6. Algunos datos de interés en España y en Europa.....	115
7. Hacemos lo que podemos o ¿qué es lo que podemos hacer? .....	123
8. Reflexiones para ir cerrando este libro .....	129
9. A modo de colofón.....	173



*Si no vamos resolviendo los problemas,  
ellos solos se realimentan.*



# 1. A modo de prólogo

¿España vacilada?... Debe de haber un error en el título<sup>1</sup> de este libro ¿no?... Pues no, querido lector. No hay ningún error. Exactamente, eso, vacilada, es lo que he querido decir.

Vacilada (que no vaciada) una vez más (y lo que te rondaré, morena), y despoblada. Y abandonada por quienes nunca han movido un dedo por ayudar (y ni por orientar, lo que, a mi parecer, habría sido

---

<sup>1</sup> Para eso hemos registrado este dominio de Internet [www.españavacilada.es](http://www.españavacilada.es). Porque el verbo vacilar y el sustantivo vacilón (en plural, vacilones) nos vienen al pelo justamente para nuestros propósitos de dar título a este libro. Vacilar, dice la Real Academia Española (sobra lo de: “de la lengua”), es un verbo que tiene un sentido transitivo (tiene también otros que no nos interesan), y que quiere decir engañar, tomar el pelo, burlarse o reírse de alguien. Y de vacilón (en mi opinión, se le asigna un significado semántico muy suave) dice que significa guasón y burlón. Pero (y aquí es donde nos vamos a agarrar, porque nos viene fetén para definir —siempre presuntamente— a nuestros protagonistas), también añaden los de la RAE que se aplica a alguien que tiene la locuacidad y la verborrea propias de estar bajo los efectos del alcohol u otra droga. O sea, “niquelao”, que dicen algunos en su jerga joven y chulesca.

mucho más eficaz) a esa gran masa de ciudadanos anónimos a quienes les gustaría que en sus pueblos, tanto en los de origen familiar como en los de adopción, pudieran revivir algunas de las estructuras más tradicionales que les son propias (y también muchas de las nuevas), para convertirlas en auténticas oportunidades de prosperidad y de progreso real (no del de pacotilla) con las que encauzar con serenidad sus vidas, y en las que dar contenido a sus legítimas aspiraciones de ser felices; unas pretensiones que no tienen eco hoy, ni por asomo, en esta parte de España deshabitada, solitaria y desamparada en la que es imposible vivir con dignidad, porque, entre otras cosas, ya no queda casi nadie para hacerlo.

Unas perspectivas legítimas de bienestar y de progreso real que en nada coinciden, como es más que obvio, con las cansinas peroratas de los por un lado autodenominados progresistas —situados *motu proprio* a la izquierda, en esa anacrónica y absurda división geométrica izquierda/derecha del espectro “ideológico”—, cuyas soporíferas milongas en forma de promesas siempre incumplidas tan solo se creen ellos mismos. Y unas esperanzas de decoro vital que tampoco se compaginan con las similares monsergas de los contrarios, los llamados conservadores o “de derechas” (asimismo una panda de inútiles), que denominan “progres” a los anteriores (siempre en un sentido peyorativo, claro), y en cuyas filas no hay ningún atisbo ni de calidad personal y profesional, ni de autocrítica propia, ni de un análisis serio y consistente de sus tibios esquemas sociales, culturales o políticos. Y, si lo hay (porque toda regla tiene su excepción), ya se encargan sus iletrados “dirigentes” (por llamarlos de alguna manera leve...) de anularlo con un terne tesón cotidiano, aun en contra de los intereses de sus propios partidos y, por supuesto, de los intereses —que son mucho más principales— de los ciudadanos.

En resumen, una España vacilada y olvidada por las diversas bandas de estos profesionales del pesebre (con contadísimas excepciones, como ya he señalado antes), que tan solo buscan, como sea (una

expresión esta “como sea” repetida hace unos años como un mantra por ZP y sus mariachis), que tan solo buscan— lo repito de nuevo para que quede claro— captar el voto rural para completar su propio palmarés electoral, y para seguir ellos (y ellas) sin dar con un palo al agua otro par de legislaturas más (mejor si pueden ser tres o cuatro: hay quien empezó su carrera en la “política” en Cataluña hace bastantes años y se ha “jubilado” recientemente en Madrid, sin salir nunca de “la oposición”, y militando en una docena de partidos distintos con nombres a cual más pintorescos, pero, eso sí, con un sueldo anual de más de 70.000 euracos) montados en el burro este que pagamos entre todos. Y, cómo no, para lograr después un “retiro” dorado (un plus a añadir a sus ya ignominiosos sueldazos) como “consejeros” en empresas estatales o privadas (¡Manda huevos!... El inefable analfabeto Pepiño dando consejo a alguien. Será sobre las gasolineras en las que se hizo famoso...), en instituciones internacionales afines, como diputados en Europa, viviendo a todo tren<sup>2</sup>, a costa de todos los impuestos que nos arruinan, o inventando paridas mil (como hace el tal Garzón con las vacas y los cerdos), para que parezca que hacen algo, y para servir de pantalla a los cotidianos latrocinios de sus jefes.

¿Quiere saber el lector cómo se me ocurrió el título de este libro y cómo enfoqué su contenido?

Pensé en el título de este libro cuando leí la noticia de que el ínclito Manuel Campo Vidal (musa no invitada en su día de algún episodio divertido de los geniales Faemino y Cansado) era el encargado por el PSOE de poner en marcha la maquinaria de capta-

---

<sup>2</sup> Cuando leemos que fulanito o menganita ganan 10 o 12 millones de euros (o más al año) conviene hacer el cálculo. Es sencillo: lo que “gana” cada uno de esta panda en un par de meses (el Antoñito Carmona, el socialista —no el flamenco—, tan calladito...) es el doble de lo que usted y yo ganaremos (currando de verdad) en toda nuestra vida.

ción de votos que les fueran suficientes para validar las candidaturas, como diputados nacionales, de una docena larga de candidatos (no hay problema para el *casting*: los hay a millares por todas partes), al estilo de esas ciudades que ¡Oh, milagro! “ahora existen”, uno de cuyos votos —convenientemente engrasado (presuntamente, claro) era el de un (ahora) diputado que ni siquiera estaba empadronado en su pueblo— fue clave en el triunfo de la moción de censura que posibilitó que ZPedro Sánchez (yo le llamo así) y sus palmeros (son palmeros por ser meros sirvientes aplaudidores de la claqué sociata; no por ser los lastimados ciudadanos de La Palma) ocuparan en su propio beneficio —desde lo que ya parece un siglo—, el poder omnímodo que en este país se les concede a los barandas de la cosa, a partir de las normas cada vez más partidistas de esta tiranía en ciernes, en esta democracia desvirtuada<sup>3</sup> que ahora mismo padecemos.

Mírese, si no, el cachondeo patrio (y “matrio”, que diría la “santa” de Iglesias, el malo; el bueno es una vez más el cantante) de las sentencias judiciales. El ciudadano de a pie se pregunta por qué hay un tribunal que se llama Tribunal Supremo, cuando sus sentencias se las saltan a la torera toda esta banda de politicuchos de uno y otro lado, y no les pasa nada por ello. O lo mismo para el Tribunal Constitucional, que dice que el estado de alarma fue inconstitucional casi un año después de que el fulano este de La Moncloa (un “Calígula” de opereta bufa, un chiquillicuatre de medio pelo) haya hecho y deshecho con absoluta impunidad lo que le ha salido de la única neurona que se le aloja en eso que los demás llamamos cerebro, y que a él tan solo le sirve para que no se le junten sus “lindas” orejas.

---

<sup>3</sup> España ha pasado de ser una «democracia plena» a una «democracia defectuosa», según el último índice de calidad democrática publicado por *The Economist*, que es considerada la revista económico-política más prestigiosa del mundo. Somos los únicos entre todos los países de la Unión Europea que ostentamos tan nada noble título.

empresarios que ven como avanza irremisiblemente la ruina de sus negocios, y a las personas mayores que, tras una vida dura de trabajo, contemplan pasar lentamente los días, aguardando tan solo que les llegue el final por causas naturales, mejor que por pena o por aburrimiento.

Y, segundo, hacerles saber que nada de todo esto que he señalado satisface a estos megalómanos impresentables de la política ni a los infames “elementos del sistema”, fabricantes todos de miseria, de ruina y de pobreza. Ellos, como esos corruptos conocidos que nunca entran en el trullo, quieren más. Siempre quieren más. Buscan de manera enfermiza exprimir lo que queda en el ámbito rural, para dar más alimento podrido a sus sucios intereses.

Mi intención ha sido explicar un poco más en detalle todo aquello que rodea al problema, y advertir a los lectores implicados que, si esperan que alguien les saque las castañas del fuego, esperan en vano. Solo los pueblos que afronten el problema con valentía y le pongan soluciones sabias saldrán adelante.

He tratado, en este sentido, de dar al lector algunas pequeñas píldoras de trabajo, fruto de mi formación y de mi experiencia, para que quienes aún queden vivos en esos pueblos puedan intentar salir del hoyo, y acceder a esa vida próspera de verdad que todos nos merecemos.

Gracias por haberme leído. De veras. Se lo agradezco mucho.

Espero que le sirva y le sea de utilidad. Y que ambos hayamos ganado un poco en tolerancia y en libertad.

